

regueros de estrellas. Las matas, envueltas en tinieblas, exhalaban suaves olores. Había altos troncos de árboles embadurnados de cinabrio que semejaban sangrientas columnas. En el centro, doce pedestales de cobre soportaban gruesas bolas de vidrio y resplandores rojizos se escapaban de aquellos globos huecos, como enormes pupilas aun palpitantes. Los soldados se alumbraban con antorchas, tambaleándose á veces en el resbaladizo suelo.

Vieron de pronto un estanque dividido en muchos compartimientos por paredes de piedra azul. El agua era tan clara que la luz de las antorchas penetraba hasta el fondo formado por blancas guijas y polvo de oro. Burbujó el agua y algunos peces de fulgurantes escamas aparecieron en la superficie.

Los soldados, riendo, les cogieron por las agallas, y los pusieron sobre las mesas.

Eran los peces de la familia Barca. Todos descendían de aquellos que rompieron el huevo místico en que se ocultaba la Diosa. La idea de cometer un sacrilegio reanimó el apetito de los mercenarios; pronto pusieron grandes vasos de cobre al fuego y se divertieron al ver como los hermosos peces se retorcián en el agua hirviendo.

La muchedumbre se arremolinaba. Ya nadie tenía miedo. Bebían sin medida. Los perfumes que en gruesas gotas caían de su frente, manchaban sus túnicas desgarradas, y apoyándose con ambos puños sobre las mesas que les parecía que oscilaban como un navío en marcha, paseaban su ávida mirada á su alrededor, para devorar con la vista lo que no podían coger. Otros, andando sin cuidado alguno por entre platos y fuentes, rompían á punta-piés los escabeles de marfil y los frascos tirios de cristal. Las canciones se mezclaban al estertorar de los esclavos moribundos entre las copas rotas. Pedían vino, manjares, oro. Querían mujeres. Deliraban en cien idiomas distintos. Algunos imaginaban hallarse en los baños á causa del vapor que flotaba en el jardín, y otros, recordando las

cazas de su país, corrían detrás de sus compañeros como si fueran alimañas feroces. El incendio se propagaba de árbol en árbol, y las altas masas de verdura que dejaban escapar largas espirales blancas, parecían volcanes en actividad.

Los clamores redoblaban. Los leones heridos rugían en la sombra.

El palacio se iluminó de repente en su más alta terraza. Abrióse la puerta central, y una mujer, la hija del propio Hamilcar, vestida de negro, apareció en el umbral. Bajó la primera escalera que seguía oblicuamente la fachada del primer piso, después descendió la segunda, la tercera, y se detuvo en la última terraza, en lo alto de la escalinata de las galeras. Inmóvil y con la cabeza baja, miraba á los soldados.

Detrás de ella, y en dos filas, estaban gran número de hombres pálidos, cubiertos de túnicas blancas con franjas rojas, que llegaban hasta sus pies. No tenían ni barba, ni pelos, ni cejas. En sus manos cuajadas de anillos, sostenían enormes lirras y todos á coro, con voz aguda, cantaban un himno á la divinidad de Cartago. Eran los sacerdotes eunucos del templo de Tanit, á quienes Salammbó llamaba á menudo á su casa.

Bajó la escalinata de las galeras. Los sacerdotes la siguieron. Avanzó por la avenida de los cipreses y caminaba lentamente entre las mesas de los jefes, que retrocedían al verla pasar.

Su cabellera espolvoreada con finísima arena de color violeta, y peinada en forma de torre según la moda de las vírgenes canaanas, la hacía parecer más alta. Trenzas de perlas que arrancaban de sus sienes, bajaban hasta las comisuras de sus labios, rojos como una granada entreabierta. Llevaba sobre el pecho un mosaico de piedras luminosas, que imitaban en su dibujo el de la piel de las lampreas. Sus brazos, adornados de diamantes, emergían desnudos de su túnica sin mangas, constelada de flores

rojas sobre fondo negro. Llevaba en los tobillos una cadenita de oro, y su gran manto de púrpura sombría, hecho de una estofa desconocida, arrastraba detrás de ella, dando la ilusión de una gran ola oscura que la seguía.

Los sacerdotes, de cuando en cuando, arrancaban á sus liras acordes casi ahogados, y en los intervalos de la música resonaba el tintineo de la cadenita de oro mezclado al pisar de las sandalias de papiro.

Nadie la conocía. Sabíase tan sólo que vivía retirada y consagrada á prácticas piadosas. Algunos soldados la vieron de noche en lo alto de su palacio, de rodillas ante las estrellas, entre el vapor de cien pebeteros encendidos. La luna la había puesto muy pálida y algo de la esencia de los dioses la envolvía como en un velo sutil. Sus pupilas parecían mirar á lo lejos más allá de los espacios terrestres. Caminaba con la cabeza inclinada, y llevaba en la mano derecha una lira de ébano.

Los soldados la oyeron murmurar:

—«¡Muertos! ¡Todos muertos! Ya no vendréis obedeciendo á mi voz hasta el borde del estanque para tomar las pepitas que siempre os daba. El misterio de Tanit brillaba en el fondo de vuestros ojos, más límpidos que la linfa de los arroyos.» Les llamaba luego por sus nombres, que eran los nombres de los meses. «¡Siv! ¡Sivan! Tammuz Elul, Tischri, Schebar! Tened piedad de mí. ¡Oh! Diosal»

Los soldados sin comprender lo que decía se agrupaban á su alrededor. Admiraban su traje, pero ella, les miró con susto y luego, hundiendo la cabeza entre los hombros y extendiendo los brazos hacia ellos, repitió varias veces:

—«¡Qué habéis hecho! ¡Qué habéis hecho!

»Teníais sin embargo para hartaros pan, carnes, aceite, todo el grano de los graneros! ¡hice traer bueyes de Hecatompylos, envié cazadores al desierto!» Su voz se elevaba cada vez más; sus mejillas se enrojecían. Añadió: «¿Dón-

de creéis estar? ¿En una ciudad conquistada, ó en el palacio de vuestro amo? ¡Y que amo! El sufeta Hamilcar, servidor de los baals! Conocéis en vuestras patrias á alguien, que sepa guiar mejor en las batallas? ¡Mirad! Los peldaños de nuestro palacio, no pueden contener los trofeos de nuestras victorias! ¡Continuad! ¡Quemadle! Llevaré conmigo el Genio de mi casa, mi serpiente negra, que duerme allí arriba sobre hojas de loto. Silbaré, me seguirá, y si subo á una galera, se deslizará en la estela de mi lengua sobre la espuma de las olas.»

Las delicadas alas de su nariz palpitaban. Hundía sus uñas entre la pedrería de su pecho. Sus ojos languidecieron y añadió:

—«¡Ah! ¡pobre Cartago! ¡Desdichada ciudad! No tienes ya para defenderte los hombres fuertes de otro tiempo, que iban más allá de los mares á levantar templos, sobre las remotas plazas. Todos los países, trabajaban para ti, y las llanuras del mar, hendidas por sus remos balanceaban tus cosechas.

Entonces, contó las aventuras de Melkarth, Dios de los sidonios y padre de su familia.

Contaba la ascensión á las montañas de Ersiphonia el viaje á Tarteso, y la guerra contra Masisabal para vengar á la reina de las serpientes.

—«Persiguió en la selva al monstruo hembra, cuya cola ondulaba sobre las hojas muertas, como un arroyo de plata, y llegó á un prado, donde, algunas mujeres con cola de dragón se agrupaban alrededor de una gran hoguera, erguidas sobre sus colas. La luna, de color de sangre, resplandecía dentro de un círculo lívido y sus lenguas de color escarlata, hendidas como los harpones de los pescadores, se alargaban encorvadas hasta el mismo límite de las llamas.»

Salammbó, sin detenerse, contó como Melkarth, des-

pués de vencer á Masisabal, puso su cabeza cortada en la proa de su navío.—«A cada oleada, se hundía bajo la espuma; pero el sol la embalsamaba y se endureció como si fuera de oro; sin embargo no cesaban de llorar sus ojos y las lágrimas se mezclaban á las salobres olas.»

Contaba aquello en un antiguo dialecto cananeo que no comprendían los bárbaros. Se preguntaban absortos lo que decía acompañándose de tan espantosos gestos y subidos á las mesas, sobre los lechos y á las ramas de los sicomoros, con la boca abierta y alargando la cabeza, procuraban comprender aquellas vagas historias que parecían evocaciones de lo pasado vistas á través de la obscuridad de las teogonías, como fantasmas envueltos en nubes.

Únicamente los sacerdotes sin barba, comprendían á Salammbó. Sus arrugadas manos se estremecían y de cuando en cuando arrancaban á las liras su sonido lúgubre; pues más débiles que una mujer vieja, temblaban á un tiempo de emoción mística y del miedo que les causaban los hombres. Los bárbaros, no se cuidaban de ellos, únicamente tenían ojos para la virgen que cantaba.

Nadie le miraba con tanta atención como un jefe nómida, joven, sentado en las mesas de los capitanes entre soldados de su país. Su cinturón estaba tan repleto de dardos que formaba como una giba bajo su ancho manto atado á sus sienes por una correa. De tal modo estaba vuelta su cabeza, que solo se veía de su rostro las llamas de sus dos ojos fijos.

Por casualidad estaba en el festín, pues su padre, le hacía vivir entre los Barca, según la costumbre de los reyes que enviaban á sus hijos al seno de grandes familias para preparar alianzas; pero después de seis meses de estancia, Narr'Havas no había visto aún á Salammbó; y en cuclillas, con la barba tocando casi los mangos de sus javalinas, la miraba con las narices dilatadas, como un leopardo agazapado entre bambúes. Al otro lado de la

mesa estaba un libro de talla gigantesca, con el cabello negro muy corto.

Solo conservaba su coselete militar cuyas escamas de cobre desgarraban la púrpura del lecho. Un collar de plata casi se escondía entre los pelos de su tórax. Manchaban su rostro salpicaduras de sangre, y se apoyaba en el codo izquierdo sonriendo estático.

Salammbó, no cantaba ya según el ritmo sagrado. Empleaba simultáneamente todos los idiomas de los bárbaros, lo cual era una delicadeza propia de mujer, para ver si así, domaba su cólera. A los griegos hablaba en griego, luego se dirigía á los liguros, á los de Campania y á los negros y todos ellos escuchándola, hallaban en aquella voz la dulzura de su patria. Entusiasmada por los recuerdos de Cartago, cantaba las antiguas batallas contra Roma, y ellos la aplaudían. Inflamábase viendo el brillo de las espadas desnudas. Gritaba, agitando sus brazos. Cayó su lira y ella calló. Apretando su corazón con ambas manos, permaneció algunos minutos con los párpados cerrados, saboreando la agitación de aquellos hombres.

Matho, el libro, se inclinaba hacia ella. Involuntariamente se le acercó, é impulsada por el reconocimiento de su orgullo, vertió en una ancha copa de oro un chorro de vino para reconciliarse con el ejército.

—«¡Bebel!»—dijo.

Tomó la copa, y la acercaba á sus labios, cuando un galo, el mismo á quien Giscon había herido, le tocó en el hombro, bromeando con aire jovial, en la lengua de su país.

Spendio, que estaba cerca, se ofreció á traducir sus palabras.

—¡Habla!—dijo Matto.

—Los dioses te protegen, vas á ser rico. ¿Cuándo es la boda?

—¿Qué boda?

—¡La tuya! pues entre nosotros,—dijo el galo,—cuando

una mujer da de beber á un soldado, es que le ofrece su lecho.

Aun no había acabado, cuando Narr'Havas, dando un salto, sacó un dardo de su cintura, y apoyando el pie derecho en el borde de la mesa, lo lanzó contra Matho.

El dardo, silbó entre las copas, y atravesando el brazo del libio, lo clavó tan fuertemente en la mesa, que el mango temblaba en el aire.

Matho, lo arrancó en seguida; pero no tenía armas, estaba desnudo; al fin levantando con ambas manos la mesa la tiró contra Narr'Havas en medio de la multitud que se precipitaba para separarlos.

Los soldados y los númeras estaban tan apretados, que no podían tirar de sus machetes. Matho adelantaba dando tremendos golpes con la cabeza. Cuando la levantó, Narr'Havas, había desaparecido. Le buscó con la mirada. Sallambó tampoco estaba allí.

Entonces, dirigiendo su mirada hacia el palacio, advirtió que en lo alto se cerraba la puerta roja con la cruz negra. Se precipitó.

Se le vió correr entre las proas de las galeras, luego, reaparecer á lo largo de las tres escaleras hasta la puerta roja contra la que hizo chocar todo su cuerpo. Se apoyó anhelante contra la pared, para no caer.

Un hombre le había seguido, y á través de las tinieblas, pues las luces del festín quedaban ocultas por el ángulo del palacio, reconoció á Spendio.

—¡Vetel!—dijo.

El esclavo sin contestar, desgarró con sus dientes la túnica y luego arrodillándose junto á Matho, le cogió delicadamente el brazo, y le palpaba en la obscuridad para descubrir la herida.

A la luz de un rayo de luna que se deslizaba entre las nubes, Spendio, advirtió en el centro del brazo un agujero sangriento. Aun cuando Matho, decía: «¡Déjame! ¡déjame!» ató alrededor del brazo el trozo de tela.

—¡No!—dijo el esclavo;—me has librado del ergástulo, ¡soy tuyo! eres mi dueño! ¡orden!

Matho, dió la vuelta á la terraza arrimado á las paredes, á cada paso escuchaba, y por entre las medias cañas doradas, miraba dentro de las habitaciones silenciosas. Al cabo se detuvo con ademán desesperado.

—¡Escucha!—le dijo el esclavo.—¡Oh! no me desprecies porque soy débil! He vivido en el palacio. Puedo como una víbora deslizarme entre las paredes. ¡Ven! Hay en el Salón de los Antepasados un lingote de oro debajo de cada losa; un camino subterráneo conduce á sus tumbas.

—¿Qué me importa eso?—dijo Matho.

Spendio calló.

Estaban en la terraza. Una enorme masa de sombra se extendía ante ellos, parecida al amontonamiento de moles gigantescas, petrificadas por una acción desconocida.

Una línea luminosa se elevó en Oriente.

A la izquierda, en lo más profundo, los canales de Megara empezaban á vagar con sus sinuosidades blancas la verdura de los jardines.

Poco á poco los techos cónicos de los templos heptágonos, las escaleras, las terrazas, las murallas, se destacaban con limpieza sobre el fondo pálido del cielo; alrededor de la península cartaginesa, un cinturón de espuma blanca ondulaba, mientras el mar esmeraldino, parecía inmovilizado por la frescura de la mañana.

Luego, á medida que el firmamento rosado parecía ensancharse, las altas casas inclinadas sobre las pendientes del terreno se levantaban, se amontonaban, como un rebaño de cabras negras que baja de las montañas. Las calles desiertas, parecían más largas; aquí y allá, las palmeras sobresaliendo de las paredes no se movían; las cisternas llenas parecían grandes escudos de plata abandonados en los patios; el faro del promontorio Hermæe,

empezaba á palidecer. En la cima de la acrópolis, en el bosque de cipreses, los caballos de Eschemun, sintiendo la aproximación de la luz, ponían sus cascos sobre el parapeto de mármol y relinchaban cara al sol.

Apareció; Spendio levantando los brazos lanzó un grito.

Todo se movía en una atmósfera rojiza, pues el Dios, como desgarrándose, vertía sobre Cartago la lluvia de oro de sus venas. Los bauprés de las galeras centelleaban. El techo de Khamon parecía arder; y en el fondo de los templos, cuyas puertas se abrían, diríase que había estado un incendio.

Los grandes carromatos que llegaban de la campiña, daban sobre las losas de las calles. Los dromedarios cargados de bagajes, bajaban las cuestas. Los mercaderes, instalaban sus tiendas en las encrucijadas. Algunas cigüeñas volaron alejándose, las blancas velas de los buques palpitaban. Se oyó en el bosque de Tanit el tamboril de las cortesanas sagradas, y en la punta de los Mappales los hornos de cocer ataúdes de arcilla, empezaban á humear.

Spendio se inclinaba fuera de la terraza, sus dientes entrechocaban, y repetía:

—¡Ahl sí... sí... ¡Amo mío! comprendo porque desdeñabas hace poco el saqueo de la casa.

Matho, pareció despertar al oír el sonido de su voz; parecía no comprender; Spendio añadió:

—¡Ahl ¡cuántas riquezas! y los hombres que las poseen, no tienen siquiera hierro para defenderlas.

Entonces, señalando con su mano derecha extendida, algunos hombres de la plebe que se arrastraban sobre la arena para buscar granitos de oro:

—Mira,—dijo,—la República, es como estos miserables, inclinada sobre la orilla de los océanos, hunde en todas las riberas sus brazos ávidos, y el rumor del oleaje, ensor-

dece de tal manera sus oídos que no oíría el paso de un dueño!

Arrostró á Matho al otro extremo de la terraza, y designándole el jardín donde centelleaban al sol las espadas de los mercenarios suspendidas de los árboles:

—¡Aquí hay hombres fuertes cuyo odio está exasperado! nada les liga á Cartago, ni familia, ni juramentos, ni dioses.

Matho, permaneció apoyado contra la pared; Spendio, acercándose, prosiguió en voz baja:

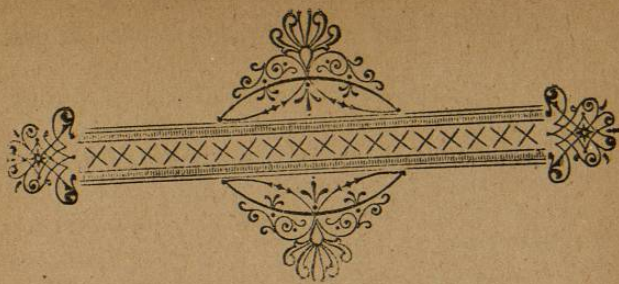
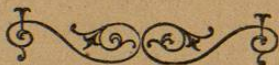
—¿Me comprendes, soldado? Nos pasearíamos cubiertos de púrpura como los satrapas. Nos lavarían con agua perfumada, yo tendría esclavos á mi vez! No estás harto de dormir sobre la dura tierra, de beber el vinagre de los campamentos, y de oír de continuo la trompeta? Reposarás más tarde. ¿No es cierto? ¡Sí, cuando te quitarán la corona, para echar tu cadáver á los cuervos! O quizá, cuando, apoyado en un palo, ciego, cojo, débil, irás de puerta en puerta cantando tu juventud á los niños, y á los vendedores de salmuera! Acuérdate de todas las injusticias de tu jefe; las noches pasadas sobre la nieve, las marchas bajo un sol abrasador, las tiranías de la disciplina, y la eterna amenaza de la cruz! Después de tantas miserias, te han dado un collar de honor, como se cuelga del pecho de los asnos un collar de cascabeles para aturdirles y hacer que no sientan la fatiga. ¡Un hombre como tú, más valiente que Pyrrho! ¡Si hubieses querido! ¡Ahl ¡cuán dichoso serás en las amplias y frescas salas, escuchando el són de las liras, recostado sobre flores, con bufones y mujeres! ¡No me digas que la empresa es imposible! ¿Acaso los mercenarios no fueron ya dueños de Reggio y otras plazas fuertes de Italia? ¿Qué te detiene? Hamilcar está ausente, el pueblo execra á los ricos, Giscon nada puede contra los cobardes que le rodean, pero tú, tú eres valiente y te obedecerán. ¡Manda! ¡Cartago es nuestra; apoderémonos de ella!

—¡No!—dijo Matho,—la maldición de Moloch pesa sobre mí. Lo he comprendido viendo sus ojos, y hace poco, al pasar por un templo, un carnero negro retrocedió. Mirando á su alrededor dijo: «¿Dónde está?»

Spendio, comprendió que una inquietud inmensa le absorbía y no se atrevió á hablar más.

Detrás de ellos los árboles quemados, humeaban aún; de sus ramas ennegrecidas caían de cuando en cuando monos casi carbonizados. Los soldados borrachos, roncaban con la boca abierta al lado de los cadáveres, y los que no dormían, inclinaban la cabeza, deslumbrados por la luz del día. El suelo desaparecía bajo grandes charcos rojos. Los elefantes balanceaban entre las estacas de sus parques, sus trompas sangrientas. En los abiertos graneros, se veían sacos de trigo medio vertidos; y frente á la puerta de los graneros, una larga línea de carretas amontonadas por los bárbaros. Los pavos reales posados en los cedros, desplegaban la cola graznando.

La inmovilidad de Matho, asombraba á Spendio; estaba más pálido que antes, y con los ojos fijos, apoyado en la barandilla de la terraza, miraba algo en el horizonte. Spendio, encorvándose, descubrió lo que contemplaba. Un punto de oro, rodaba á lo lejos, entre el polvo por el camino de Utica; era la trasera de un carro tirado por dos mulos; un esclavo corría delante de la lanza, sujetándolos por la brida. En el carro se veían dos mujeres sentadas. Las crines de los animales se erizaban entre sus orejas á la moda persa, sujetas por un hilo de perlas azules. Spendio las reconoció, y ahogó un grito. Un gran velo, flotaba al viento detrás del carro.



II

En Sicca



Los días después, los mercenarios salieron de Cartago.

A cada uno se le entregó una moneda de oro á condición de que irían á acampar en Sicca y se les dijo para halagarles:

—Sois los salvadores de Cartago; pero si permaneciais en ella, produciríais el hambre y no podría pagaros. Alejaos. La República más tarde os agradecerá esta

condescendencia. Inmediatamente vamos á decretar impuestos; se os pagará íntegramente y se armarán galeras para llevaros á vuestras respectivas patrias.

No sabían qué contestar á tales discursos; aquellos hombres, acostumbrados á la guerra, se aburrían en una ciu-